

En torno a Edipo¹

Comentario a "¿Por qué Edipo?" (Christopher Bollas, en *Ser un personaje. Psicoanálisis y experiencia del sí-mismo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1994. [Original de 1992])

Realizado por **Montserrat Gómez García²**

Este autor nos recuerda que los mitos suelen provenir de sucesos históricos concretos y, en tal caso, guardan cierta conexión con la realidad, pero las personas que conforman la historia mítica existieron en distintas épocas, así como de sucesos procedentes de diversas culturas no relacionadas entre sí confluyendo en una falsa unidad llena de seres fabulosos y acontecimientos fantásticos; además, los mitos griegos eran transmitidos de generación en generación. Cuando Freud sostuvo que Edipo Rey era una metáfora teatral del conflicto psíquico fundamental del individuo vinculando los mundos de la política, la literatura y la psicología, puso de relieve, al igual que Sófocles, los múltiples factores que componen la complejidad de la mente humana.

El período edípico freudiano comienza entre los cuatro y los seis años de edad, momento en el que operan sobre el niño los aportes de muchas fuentes antes latentes que deben tomarse en cuenta. El niño antes era protegido y sostenido por los cuidados maternos, de modo que los contenidos psíquicos perturbadores eran procesados por los numerosos actos de contención de la madre, funcionando a menudo como un auxiliar del sí mismo del bebé.

Christopher Bollas señala que la idea de su ensayo es examinar por qué y cómo es desplazado el dilema edípico (frase preferida por Freud) por el complejo de Edipo, o cómo se resuelve la angustia del niño en la situación triangular hasta llegar a ser una forma de liberación del dilema a través de la complejidad. En esta complejidad psíquica mientras el niño soporta el dilema edípico, se escinde reiteradamente en dos: vuelve a ser bebé, vuelve a ser niño. Y en el curso de estos movimientos crea, destruye y recrea nuevos conjuntos de objetos internos: los padres de la infancia, los nuevos padres de la representación genital.

Uno de los descubrimientos que hace el niño a esta edad es que no somos sino parte de subjetividades forzosamente rivales, que nuestra omnipotencia se ve alterada en forma radical a raíz de ello y que la invocación del nombre del padre o de la madre no conjura la justicia, sino que, como argumenta Bollas, es el grupo, la familia, la sociedad quién la lleva

¹ Gómez García, M. (2018). En torno a Edipo. *Clínica e Investigación Relacional*, 12 (2): 400-401. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2018.120214

² Miembro del Instituto de Psicoterapia Relacional.

a cabo. En la adolescencia se repite este drama, pero al pasar el tiempo cuando las angustias merman y se aprecian los frutos de la complejidad, en particular el valor de las diversas perspectivas desaparece la necesidad de los lazos grupales, así como la de los intensos y simbióticos enamoramientos pueriles de la adolescencia.

“Ya verás que el tiempo todo lo cura” le dice Creonte a Edipo, y esta vez podemos coincidir con él. A esta altura el tiempo parece poseer algo intrínsecamente curativo, la resolución del complejo de Edipo conduce a experimentar este sentido curativo del tiempo, sanando los conflictos internos e interpersonales cuando con el tiempo aumenta la perspectiva del individuo al reinsertar en el cuadro aquello que había sido escindido o renegado a favor del propio narcisismo, tornando el complejo al sujeto y a sus relaciones. El niño edípico descubre que es su mente la que crea esos dramas de pesadilla equiparables al destino del pobre Edipo, una mente capaz de generar trastornos porque no se conoce del todo y en este sentido Bollas señala que el maltrato infantil es universal, si por ello entendemos que cada sujeto humano padece la angustia de algunos de los productos de su propia mente es decir que además de los traumas importa mucho lo que descubrió Freud: la mente misma será, a menudo, el agente traumático del sí mismo.

Para avanzar en la vida retrocedemos a los lugares de la madre o el padre, donde podemos evocar estas figuras inevitablemente reconfortantes como un proceso des-evolutivo. ¿Por qué Edipo entonces? Porque cuando Freud escogió este drama para abordar el problema central en el desarrollo mental lo hizo a raíz de que él representaba la tensión entre nuestras cohesiones, ya sean relacionales (como las asociaciones conyugales, familiares o grupales); delirantes (como el delirio de Edipo cuando supone que Creonte organizó una persecución contra él); y las texturas psíquicas que desbordan la posibilidad de la organización mental: una densa complejidad tan intrínseca al proceso grupal que sólo puede perdurar gracias a la renegación de su naturaleza. Entonces la complejidad desplaza las estructuras edípicas y pre-edípicas: el niño descubre su mente y la soledad subjetiva.